PLAN ROJO

Lázaro Domínguez

Primera edición, junio de 2020
©Lázaro Domínguez, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18148-95-8
IBIC: FA

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

PLAN ROJO

Lázaro Domínguez

Avant
editorial

1

A las ocho de la tarde de un día caluroso de julio del año 2006, con una temperatura de treinta y dos grados a la sombra, un puñado de vascos había decidido sembrar nuevamente el terror con un acto jamás pensado por nadie, ni por el pueblo llano, ni por los miembros del gobierno, ni por la inteligencia de las altas esferas del país. Jamás a ningún profeta o adivinador, vidente o agorero del futuro se le había ocurrido imaginar que la ETA podría llegar a semejante traición, a tamaña barbaridad, a crimen tan horrendo y monstruoso: asesinar al presidente del gobierno, el señor Rodríguez Zapatero.

Cuando las relaciones ETA-GOBIERNO marchaban viento en popa y el llamado proceso de paz iba por buen camino, aunque ese camino se intuyera largo, duro y difícil; aunque los contactos secretos y no tan secretos de miembros cualificados del gabinete legislativo con miembros de la cúpula de la banda terrorista, se sucedían normalmente y con bastantes esperanzas de éxitos políticos; aunque al parecer, el matrimonio ETA-GOBIERNO se llevaba bien, sin riñas mayúsculas ni desavenencias notables, sin bofetones ni palabras mayores, sin visos de divorcio o separación; aunque, en fin, todo mar-

chaba sobre ruedas bien equilibradas y por el camino recto, de repente, para sorpresa de los más atentos a los entresijos y problemas políticos, sin que en un principio se supiese la causa, la ETA había decidido lo peor de lo peor: eliminar al jefe del ejecutivo.

El tráfico en Madrid era intenso y las avenidas estaban llenas de automóviles en circulación constante. Un hormigueo de neumáticos besando el asfalto, rugiendo como lobos hambrientos y desesperados, y contaminación exagerada, axfisiante como un virus mortal revolando por los aires, y ruido estruendoso de motores y de silbatos intermitentes de los agentes municipales, y el ir y venir de peatones cruzando los pasos de cebra a toda pastilla, y autobuses atestados de gente, taxis ocupados por ejecutivos de traje oscuro, corbata roja y camisa blanca, utilitarios con toda la familia dentro, incluidos niños de pecho, furgonetas comerciales y distribuidoras de todo tipo de utensilios y materiales, camiones de dieciséis ruedas tapados con lonas grises, motos trepidantes y ensordecedoras, ómnibus de colores radiantes y vistosos... La barahúnda cosmopolita, la selva humana, el ajetreo impresionante de un día laboral… Madrid... Madrid... la capital de España, la sede del gobierno central, la Meca de peregrinación civil de todas las provincias del país, el lugar de encuentro de los mandamases del mundo occidental, el ombligo de todas las manifestaciones sindicalistas, el núcleo principal de todas las reivindicaciones obreras, el infierno de no sé cuántos millones de cadáveres ambulantes, el coso de la indignación ibérica, el imán del feminismo a ultranza de las provocativas sin escrúpulos y del ejército de los homosexuales, bisexuales y transexuales salidos repentinamente de los armarios, etc, etc...

Nadie, salvo los hombres de la conjura, sabían del paso del presidente en automóvil particular por las avenidas de la capital. Ni siquiera los guardias de la circulación, que se deshacían

como muñecos desarticulados de tanto agitar los brazos a derecha, a izquierda, al frente, atrás, para agilizar el tráfico.

—Mira, mamá, el guardia parece un molino de viento.

—¿Qué dices?

—Sus brazos son las aspas, se mueven sin parar.

—Vamos, anda, que no llegamos al autobús.

Tras el coche del presidente iba un Mercedes conducido por un hombre de unos treinta años, que con gran dificultad lograba no perder de vista ni separarse demasiado del automóvil al que perseguía.

Tan pronto supo dónde se había bajado el señor Zapatero, sacó el móvil y llamó al jefe del comando, un etarra de treinta y cinco años, que sentía rabia profunda, odio satánico, abominación infinita, contra España, su presidente, los miembros del gobierno, los que lo habían votado y, en general, contra todo lo que olía a tufo hispanoparlante, incluidos los partidos de la oposición. No resistía pertenecer a una democracia y a la Constitución que ni él ni el pueblo vasco habían votado.

No resistía que el presidente metiera continuamente la pata en cuestiones como la unidad nacional, el diálogo sin precio político, la paz sin bombas, el respeto a las decisiones de los jueces, los derechos fundamentales, las libertades individuales, la violación de poderes autonómicos, el impedimento del ejercicio político, la persecución policial de etarras, el alejamiento de los presos, el enfrentamiento judicial y policial sin contemplaciones ni dilaciones estúpidas contra el terrorismo, la búsqueda de soluciones al conflicto político vasco, sostener simultáneamente una cosa y su contraria sin perder la sonrisa, hundir cada vez más al PSE en la ignominia, manifestarse por la paz y el diálogo y decir públicamente que el proceso de paz está muerto, etc, etc; ni que estuviera constantemente condenando sin paliativos la organización etarra ni diciendo día tras día en los informativos que no habría ni podría haber jamás precio político en el proce-

so de paz, ni acercamiento de presos vascos a Euscalerría, como en una letanía repetitiva y tediosa...

No resistía a un hombre que había prometido mucho y no había dado nada, a un hombre con gestos de doble lectura y un lenguaje ambiguo y confuso. Consideraba a Zapatero un arlequín de la política, un embustero, un contentatodos y un contentanadie, un presidente cuya credibilidad estaba prácticamente en números rojos, incapaz de solucionar los problemas del nacionalismo vasco, un presidente, en fin, a derribar como fuere, a hacerlo desaparecer urgentemente del panorama político español.

Esperaba que el crimen de lesa presidencia diera los frutos apetecidos: una Euskadi libre, soberana e independiente. La bomba verdadera se oiría en medio Madrid y la bomba metafórica en toda Europa, y Europa entera, desde Noruega hasta Grecia y desde Irlanda hasta el mar Caspio, diría: «¡Basta ya! ¡Que se les conceda lo que piden! ¡Que les den a esos cabrones la independencia de una vez! ¡Que dejen de marear y de entorpecer la marcha común de la historia! ¿Para qué vivir sin vivir y sin paz?»

El jefe de la conjura, a quien los suyos llamaban El Lobo, avisó enseguida. Enseguida al resto del grupo, siete hombres entre treinta y cuarenta y dos años, y en tres coches se dirigieron al lugar donde se había bajado el señor Zapatero.

Según el plan preparado, los siete hombres del comando se ocultarían en una ambulancia aparcada al lado de la calle y justo, en el momento de ver al presidente, dispararían contra él y, haciéndose pasar por enfermeros y médicos, disfrazados de bata blanca, ellos mismos acudirían en auxilio del señor presidente, lo meterían en la ambulancia y huirían a toda marcha.

Todo tenía que hacerse en cuestión de segundos, para no dar tiempo a posibles e inmediatas intervenciones policiales y poder escapar sin necesidad de más tiroteo.

Pero el plan falló, porque el señor Zapatero no regresó por el mismo sitio ni al mismo automóvil y, como el tiempo pasaba y el presidente no volvió a ser visto por los que tenían las pistolas preparadas para disparar, el comando dio por finiquitado el asunto y, volviéndose a sus coches, desaparecieron mezclados entre el formidable tráfico que en aquellos momentos rugía por Madrid.

Parecía, a los ojos de cualquier peatón, que no había ocurrido nada, pero algún periodista, de los listillos, de los que andan siempre detrás de la liebre sin ser vistos, de esos que tienen ojo avizor dispuesto siempre a la caza de los pájaros de mal agüero, de los que lo saben todo y todo lo intuyen y todo lo huelen como especialistas sabuesos, informó al día siguiente en la prensa que un comando desconocido había intentado sin éxito asesinar al presidente del gobierno. El señor Zapatero no dio crédito a la noticia, ni se inmutó, ni perdió la sonrisa que le caracteriza, esa sonrisa de hombre con estilo y talante de buen amigo y buen conversador, esa sonrisa que algunos dicen que es puramente fisiológica, no voluntaria, más parecida a un tic nervioso que a una expresión de sincera alegría, simpatía o satisfacción personal. Comentó ingenua y sencillamente:

—Ya está la oposición inventando bulos para ganar votos. Es lo único que saben hacer: mentir, inventar barbaridades contra el socialismo y sus representantes... Si no conociéramos a la derechona de este país...

Pero las fuerzas vivas del Estado de derecho, por si acaso, se movilizaron de forma muy seria, hasta el punto de que la Policía Nacional, el Servicio Secreto de Espionaje y la Guardia Civil, abrieron los ojos y se lanzaron en cuerpo y alma a la investigación del caso y a la caza del cabecilla del comando etarra.

Dos meses se tardó en apresar a el Lobo y ocurrió de chiripa. Fue en un control rutinario de la policía. En las afueras de

Bilbao dos motoristas detuvieron un Seat negro en el que viajaban dos hombres. Uno de ellos llevaba documentación falsa y fue conducido a la Jefatura de Policía de Bilbao para interrogarle. Allí se aclaró que el individuo era uno de los componentes del comando de el Lobo, pues las huellas dactilares coincidían con las de un joven fichado por atraco a un banco en Madrid y robo a mano armada con resultado de homicidio. El individuo en cuestión fue trasladado a los cuarteles de la Policía Judicial de Madrid y allí, tras exhaustivos interrogatorios, se comprobó que pertenecía al grupo de los siete que, al mando de El Lobo, intentaron asesinar al señor Zapatero.

—¿Con qué intención lo hacíais?

—No lo sé...Yo sólo obedecía órdenes.

—¿De quién?

—Del jefe del comando.

—¡Nombre!

—Lo llamamos el Lobo.

—¿Cómo es el Lobo? ¿Quién es el Lobo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé... Nunca lo he visto...

—¿Crees que nos vamos a tragar eso?

—Estoy diciendo la verdad.

—La verdad... la verdad... ¿qué verdad?

—La verdad…

—¿Es alto, bajo, fuerte, delgado…?

—Ya he dicho que nunca lo he visto.

—¿Lleva patillas en forma de hacha?

—No lo sé.

—¿Calza botas de cuero negro?

—No lo sé. Le repito que nunca lo he visto.

Después de dos horas de preguntas y más preguntas, la policía llegó a saber el nombre también de los siete integrantes

del grupo asesino. Quince días más tarde, todos estaban en la cárcel. Fueron juzgados y condenados a setecientos años y un día de prisión. Durante el tiempo que duró el juicio, los seguidores de el Lobo no se amilanaron, no se amedrentaron ni se acoquinaron, sino que trataron de formar un nuevo grupo para proseguir con la fanática idea de eliminar un día al señor Zapatero.

2

El nuevo comando etarra estaba a las órdenes de el Caimán, un hombre salido de la universidad del país vasco, inteligente y enérgico, y sobre todo ágil y ducho en el manejo de armas de fuego. Era bajo de estatura, como un caimán, y delgado, pero fuerte y nervudo. Solía agazaparse en una engañosa discreción para saltar repentinamente sobre sus inocentes presas. Siempre estaba con el ojo escrutando dónde podría esconderse el pobre ciervo para devorarlo en un santiamén. Un cerebro nacido para el acoso, la traición y la dentellada feroz.

Hace tiempo comprendió que el terror era la única forma de acabar con un régimen que no reconocía ni quería reconocer la independencia de Euskadi, a la que aspiraba el pueblo vasco. El Caimán, no obstante, sabía también que por la vía del diálogo y de la diplomacia se podría vencer y convencer al señor Zapatero. Así que, en principio, quiso ganar la confianza de los políticos del PSOE y de sus aliados, a base de entrevistas y declaraciones de buena voluntad en todos los medios de comunicación social. Una vieja estrategia que, por otra parte, nunca dio resultado. Astucia, engaño, fingimiento casi siempre ineficaz. Por eso pasó inmediatamente a la práctica de la violencia. La violencia es más

eficaz que todas las teorías pacifistas inventadas a través de los siglos. Sólo la libertad y la vida digna se consiguen con la violencia. Guerra para defenderse de los antinacionalistas. Guerra para alcanzar la paz en Euskadi. Guerra cuando no hay otra alternativa. Los tambores de guerra son para los vascos tambores de paz.

La táctica terrorista no tardó en dejarse notar: comenzaron las quemas de autobuses, de cajeros automáticos, las pintadas en escaparates, en las paredes de los ayuntamientos del país vasco, el estallido de bombas en comercios y en las casas particulares de algunos concejales de la derecha.

Al cabo de cierto tiempo, la policía española, alertada por la francesa, descubrió otra conjura del comando dirigido por el Caimán para asesinar al señor Zapatero. Esto sucedería en Doñana, ese espacio natural, bellísimo y protegido, con sus preciosa extensión de marismas, considerado la mayor reserva ecológica de Europa. Ese espacio que acoge numerosas especies de aves acuáticas y que es Patrimonio de la Humanidad, declarado así por la Unesco en 1994. Lugar encantador en el sur de Andalucía, a donde le gustaba a ZP desplazarse para disfrutar de la visión de las dunas con vegetación, de los anfibios, aves y mamíferos que pueblan la zona. Según los planes del comando, el señor Zapatero recibiría en Doñana un tiro por la espalda desde un escondite distante. Un fusil con alza telescópica, disparado por un asesino de infalible puntería, pondría fin a la vida del hombre que sólo sabe hablar de procesos de paz, pero no es creíble ni por unos ni por otros, y todos lo tachan de incongruente, enfático y embustero.

La policía española, bajo la apariencia de relajamiento y tranquilidad, de situación serena y pacífica, como quien no hace nada, había logrado una vez más desbaratar el plan etarra y averiguar el paradero de el Caimán, que huyó a Francia, donde algún día caerá en manos de la gendarmería del país vecino, que

tanto coopera con el gobierno español en operaciones de busca y captura de etarras.

Al desaparecer de la escena española el Caimán, con enorme desesperación y deterioro de la organización etarra, surgió inmediatamente un hombre de acero y musculatura hercúlea, brazos en parangón con los del mismo Sansón, pecho más fuerte que la coraza de un guerrero y robusto como el tronco de una encina, que asumió el mando de las operaciones encaminadas a asesinar a ZP. Este hombre fornido y enérgico era conocido como el Furor de Euskadi.

El odio al gobierno español y a todo lo que olía a España corría por las venas de El Furor de Euskadi en cataratas. El odio más acendrado y profundo, el odio más maquiavélico, el odio más rancio y nauseabundo era su carnet de identidad y el veneno que lo devoraba por dentro y por fuera, hasta el punto que parecía llevarlo en su rostro enjuto y cetrino.

El Furor de Euskadi era un hombre frío y duro. Conocía y practicaba las artes marciales y dominaba a la perfección el judo y el kárate. Era capaz de partir el cráneo a un toro con la fuerza de un puñetazo. Las ideas de independencia y soberanía del país vasco habían calado tanto en su mente y en su corazón, que hicieron de él, un radical, un fanático, un extremista apasionado, un fundamentalista del soberanismo vasco. Para el Furor de Euskadi no había otra razón de existir ni otro sentido de la vida que asesinar al presidente, al hombre que había pactado la rendición y los había traicionado; al hombre que con otras fuerzas políticas de Cataluña y Galicia había prometido hacer caso omiso del Estado de derecho y de la Constitución, para ceder a las reivindicaciones históricas de Euskadi, y sin embargo les había dado la espalda; al hombre que había bloqueado el proceso de paz para disgusto de los más impacientes. Semejante traición merecía la muerte. El Furor de Euskadi había ido creciendo en

desprecio, incredulidad y rabia. Desprecio al presidente, incredulidad en el sistema y rabia a los medios que apoyaban a ZP.

El Furor de Euskadi sabía perfectamente que no era empresa fácil asesinar al asesino de la *independentzia*. Los planes anteriores, fallidos, se lo demostraban. Por eso ideó una forma, una estrategia de película norteamericana, de novela detectivesca, a lo Agatha Christie: el pistolero. Como en el caso del atentado a Juan Pablo II, que tuvo lugar el miércoles 13 de mayo de 1981, en la plaza de San Pedro de la Ciudad del Vaticano, en Roma. Un turco joven, arisco, serio, llamado Mehmet Alí Agca, que aprendió a utilizar toda clase de armamento y que se había instruido concienzudamente en las tácticas terroristas en Siria, que era miembro de una organización de extrema derecha conocida como los Lobos Grises y que cumplía, al parecer, órdenes dictadas por el ayatolá Jomeini, disparó contra el Papa cuatro veces mientras entraba en la plaza, circulando a bordo del coche oficial descapotado, saludando a la muchedumbre. Alí Agca había llegado a Roma en un tren desde Milán, con sólo un objetivo en su perturbada mente: matar al pontífice, con la pistola Browning de nueve milímetros que llevaba consigo. Jomeini le había dicho a Alí Agca: «tienes que asesinar a Juan Pablo II, que es el portavoz del diablo en la tierra, y tienes que hacerlo por Alá, porque el Papa es el anticristo. Si lo matas, serás altamente recompensado».

Como en el caso Kennedy, el trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos, elegido en 1960, y asesinado el 22 de noviembre de 1963 en Dallas, Texas, mientras circulaba en el coche presidencial en la plaza Dealey. El asesino Lee Harwey Oswald, un experimentado francotirador, usó un fusil de cerrojo Carcano M91/38 de fabricación italiana, con mira telescópica, para volarle el cráneo al presidente. Un terrible asesinato, todavía sujeto a especulaciones, opiniones, dudas, controversias y manifestaciones poco o nada aclaratorias.

Como en el caso de Calvo Sotelo, ministro de Hacienda entre 1925 y 1930, durante la dictadura en España, de Primo de Rivera. En la madrugada del 13 de julio de 1936 fue detenido en su casa de Madrid de forma irregular por La Motorizada, una especie de milicia de los socialistas madrileños y durante el traslado fue asesinado con un disparo a la cabeza por el pistolero socialista Luis Cuenca, guardaespaldas del entonces líder del partido socialista Indalecio Prieto. Asesinado por sus ideas, manifestadas públicamente que él mismo dijo: «Soy católico. Creo que el Estado debe sostener el culto y el clero de la Iglesia. Digo firmemente NO a la persecución a la Iglesia. Sostengo que la Iglesia tiene derecho a enseñar y propagar la palabra de Dios. Estoy en contra de la escuela laica y de la expulsión de las órdenes religiosas, y del divorcio disolutorio. Declaro rotundamente que no profeso el marxismo y que la unidad de la patria es algo sagrado».

Como en tantos casos parecidos que ha habido en la historia antigua y reciente. No era una idea original, pero podía dar su fruto. Lo difícil sería encontrar al hombre adecuado.

Tendría que ser absolutamente desconocido, capaz de apretar el gatillo sin fallar y de sangre fría como el mismo hielo. La cosa habría que llevarla a cabo con el máximo sigilo. Que no lo supiera a ser posible ni la misma organización, porque no descartaba la posibilidad de infiltrados en las filas de la ETA.

En vista de la constante persecución y acoso de la policía española y francesa, que escudriñaba hasta los últimos rincones de la geografía vasca en busca de zulos, escondrijos y depósitos de armas y municiones, el Furor de Euskadi decidió andar con pies de plomo.

«Un pistolero... un pistolero… uno como Alí Agca, por ejemplo», se decía mientras trataba de reconciliar el sueño cada noche.

«O como Luis Cuenca…», musitaba despacio para sus adentros, mientras pensaba en el tema.

«O como Lee Harvey Oswald, el asesino de Kennedy».

Durante el día sólo pensaba obsesivamente en lo mismo. «¿Dónde encontrar al hombre que asesinara al que les había traicionado y engañado?»

Buscaba en la memoria la lista de los posibles candidatos al crimen. En un principio encontró diez, cuyos nombres fue eliminando, después de largas reflexiones.

Laucirica, el Pelanas, un individuo bajo y moreno con voz de soprano, cara de brujo desconcertante y melenas de cosaco furibundo, un tío que practicaba con frecuencia y entusiasmo el kárate, pero sólo para mantenerse en forma y nunca para romperle y reventar el abdomen a nadie, un fulano que sostenía en sus opiniones que la guerra es necesaria y que no es admisible de ningún modo que la paz sea un valor absoluto, un personaje contradictorio y, en el fondo, superficial e inconstante. Su apodo lo retrataba magistralmente: un hombre insignificante que el Furor de Euskadi eliminó por tener antecedentes penales y ser buscado por colocar bombas en Santiago de Compostela y en La Coruña.

Gorca, alias Espaldas Anchas, hombre con aspecto físico de gorila, voz ronca, cálida y apasionada, fumador empedernido, conversador infatigable, conocedor del francés, del castellano y, por supuesto, del euskera, soñador empedernido de una Euskadi soberana y una voz permanente que sostiene, contra cualquier opinión contraria, que la guerra es un arte, una técnica llena de sabiduría y la mejor manera de resolver cualquier conflicto político. También el Furor de Euskadi lo descartó por haber fallado los disparos con la Parabellum en un ejercicio de entrenamiento en una zona boscosa próxima a la ciudad de Tarbes, en el departamento de Altos Pirineos, hacía unos pocos meses.

Iñaki, el Derrotista, complicado y sorprendente, de carácter inestable y contradictorio en sus juicios, sonriente y con bigotes enormes, que había sido vigilante y matón de discoteca, asiduo

al gimnasio, de bíceps envidiables, siempre vestido con pantalones muy ceñidos, a quien borró de la lista por haber colocado el paquete de Goma2 en un lugar indebido, causando víctimas no deseadas, en uno de los últimos atentados y por negarse a ensayar nuevas técnicas de destrucción con efectos multiplicadores.

Joseba, el Bruto, hombre de rostro inexpresivo, pero con una voz rica y armoniosa, ondas uniformes en sus cabellos negros y de modales indecorosos y violentos, maníaco de los golpes secos contra el que le discutiera sin razón, belicoso por naturaleza, rudo, torpe y grosero, también descartado por ser demasiado conocido en los medios estatales y sobre todo por los servicios antiterroristas franceses, desde que robó un Peugeot 307 que hizo estallar con el empleo de hexógeno en unas prácticas de ensayo con nuevos explosivos.

El Tigre de Munguía, de ojos brillantes como fósforos encendidos, que unas veces tenían la dulzura de la luz y otras la acidez del escalofrío, impetuoso en sus acciones y pusilánime en algunas actividades, siempre rápido como un misil cuando se trataba de defensa personal, defensor también a ultranza de la guerra como algo imprescindible para la paz, también descartado por ser todavía un chaval sin experiencia, que había que reservar para posibles batallas campales en Pamplona y otros escenarios.

León de los Abertzales, joven impulsivo, que se ríe a carcajadas contando la muerte de los inocentes acribillados por la ETA, amigo de las estruendosas risotadas, aficionado a las tabernas, bebedor de leche mezclada con polvos energéticos y claras batidas de huevos de gallina, y que no pasa un solo día sin hacer gimnasia sueca, igualmente tachado por menor de edad y ser bastante conocido de la Ertzaintza, contra quienes tiene constantes enfrentamientos y refriegas callejeras.

Antxon, alias Simpático, que toma su vermut todas las mañanas antes de las comidas en el mismo bar y junto a la misma

marujita; amigo de los pajarillos, a los que considera poetas porque cantan la belleza de la naturaleza; admirador de Espronceda, porque aprendió de niño «La canción del pirata»:

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín…

Y, sobre todo, admirador de Juan Ramón Jiménez, desde que aprendió de memoria aquellos versos:

Tu sexo vago,
suave como un pecho de pájaro
entre las sedas blancas,
amarillas y malvas
es como un faro-imán
luminoso a mis ojos-en un
revuelto mar de tibias olas pálidas.

Es, entre otras cosas, un buen pistolero, responsable, disciplinado, pero rechazado por demasiado conocido, con motivo de llevar la voz cantante en manifestaciones contra la política penitenciaria del gobierno y a favor de condiciones democráticas para que Euskal Herría consiga la palabra y la decisión, en referencia al derecho de autodeterminación.

Eguiguren, el Sabio, conocedor de la marcha alocada del mundo, que rueda y rueda sin cesar con su montón de denuncias, de accidentes de carretera, de conductores alcoholizados, de trabajadoras del sexo asesinadas a cada tres por cuatro, de gente caprichosa y analfabeta, de multitudes que jamás han leído un libro, una novela y que sólo tienen ojos para la telebasura... adicto al acordeón, porque lo considera un instrumento musical